

El darwinismo en la escuela

María Menéndez-Ponte

Se habla de una escuela integradora, pero la realidad es que cada vez es más selectiva en sus planteamientos. La selección empieza desde los propios padres cuando eligen el colegio al que quieren mandar a sus hijos, continúa durante la vida escolar del alumno y revierte finalmente en la sociedad a la que estos alumnos se incorporan.

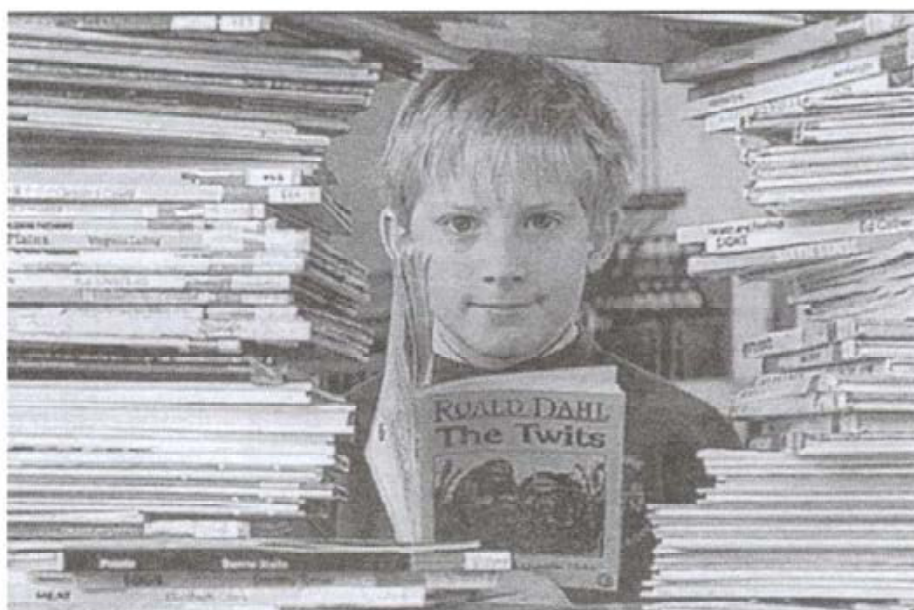
El huevo o la gallina

¿Cuál es la causa última de este proceso de selección de la especie? ¿Son las exigencias de la sociedad las que conducen a los padres a buscar un colegio "elitista" para sus hijos? ¿Son los colegios que, agobiados por el descenso de natalidad, van a la caza y captura del posible cliente? ¿Son los propios padres quienes defienden este proceso de selección para restringir el círculo en el que ellos se mueven?

La consecuencia última es que la escuela, en lugar de ser la conductora del proceso de humanización de la persona, es la cantera de las clases dominantes. Las estadísticas nos dicen que los padres creen en una educación en valores por encima

¿Cuál es el fin de la escuela? ¿integrar o seleccionar?

A juicio de la autora, la escuela de hoy "no saca partido de la individualidad de cada alumno sino de los que mejor se someten a las reglas del sistema".



de cualquier otro factor. Sin embargo, sus planteamientos educativos lo contradicen. Los profesores se quejan de que lo único que les preocupa es el nivel académico. Y esto es así ya desde la etapa de Educación Infantil. De hecho, muchos padres eligen un determinado colegio porque sus hijos aprenderán a leer antes de los seis años, irán a casa con las mochilas bien cargadas de deberes, se relacionarán con niños de su misma clase social y formarán parte de una élite en el futuro.

padres buscan un colegio donde el niño lea antes de los seis años. Poco importa que los profesores les expliquen que leer no consiste únicamente en silabear unas letras, que les digan que es un proceso de maduración que integra muchos otros factores, que les adviertan de que es incluso contraproducente forzar un aprendizaje para el cual la mente del niño aún no está madura, o que traten de convencerlos de que el hecho de que esa madurez se produzca en el cerebro de sus hijos unos meses antes o después no

significa que vayan a leer peor que los otros. Los padres tienen a su alrededor miles de casos de niños que leen antes de los seis años y quieren que sus hijos así lo hagan.

Un pena. Aquí empiezan a rodar las primeras cabezas de niños que serán incapaces ya de recuperarse y subirse al carro de una educación intransigente e inmisericorde. Y digo una pena, porque en esa cuneta no quedan los niños más torpes o más incapaces de aprender sino los que no han tenido la oportunidad de completar un proceso que se ha acelerado o se ha omitido en función de unos resultados. Me explico: hacer que un niño silabee se logra de una manera más rápida si nos salta-

mos todo el proceso que supone crear una buena base para una lectura comprensiva y eficaz.

La segunda cuneta se llenará rápido en cuanto los niños se vean obligados a realizar todos los días toneladas de actividades repetitivas (copiando enunciados), ejercicios de matemáticas o de física y química cuya comprensión se les escapa por abstractos o exámenes que no han podido estudiar por un exceso de deberes. (Pues, al contrario de lo que piensan los profesores y los padres, los niños hacen las actividades sin haber estudiado el texto al que hacen referencia porque, si lo hacen, no les queda tiempo para la cantidad de deberes que les ponen). ¡Menu-da paradoja!

Sin embargo, los padres exigen esos deberes porque piensan que es la única manera de controlar el estudio de sus hijos. Yo he escuchado a padres que-



Tes, Nov 99

Hay un gran miedo a que los hijos queden fuera de esa gran maquinaria regida por la competitividad. Hay un gran miedo a que los hijos crezcan torcidos por culpa de la violencia que impregna el ambiente: modelos de televisión, droga, bandas callejeras. Hay un gran miedo a perder el control de un patrón que se quiere seguir manteniendo. Y ante ese miedo, los padres se acogen a modelos pedagógicos contraproducentes, coercitivos, mucho más cerca del nazismo que del humanismo. Métodos que consisten en apoderarse de la mente de los chavales y ocuparla el día entero para evitarles tentaciones, en meterles miedo con un futuro incierto o en encarrillarlos por un camino donde importa mucho más el tener que el ser.

El proceso de selección

Como decíamos, el proceso de selección comienza cuando ya desde la etapa infantil los

jarse de que estaba bajando el nivel del colegio porque a su segundo hijo no le ponían tantos deberes como al mayor. Y no eran uno ni dos, rugía la marabunta. También los profesores son partidarios y los utilizan como un medio para hacerles ver a los alumnos lo importante que es su asignatura (a más deberes, más importante) y lo duros que son (¡ojo al que se desmande!). Ponen el listón cuatro escaleras más arriba de las que pueden subir los alumnos, porque éstos -diciérsiempre se encargan de bajarlas. Y además, van a pillarlos poniéndoles exámenes-sorpresa o problemas que no han hecho en clase.

¿Qué niños resistirán esta segunda criba? ¿Los más inteligentes? ¿Los más capaces? Yo diría que los que mejor se adaptan al sistema que se les impone, los más dóciles, los más sumisos, los más disciplinados.

La capacidad de aprender supone hacerse muchas preguntas a las que se trata de dar respuesta: supone una búsqueda personal, no hallazgos que nos vienen dados por decreto: supone una capacidad crítica y un cuestionarse lo que hay. En definitiva, una actividad permanente del alumno. Porque, como dice Jaime Balmes: "el arte de enseñar a aprender consiste en formar fábricas, no almacenes". Pero tendemos a llenar cabezas más que a despertarlas para que piensen.

¿Qué hacen los alumnos?

La escuela no saca partido de la individualidad de cada alumno sino de los que mejor se someten a las reglas del sistema. Y ellos se dejan narcotizar, huyen de la búsqueda permanente, de la inquietud, hacia una sociedad que les propone consumir más de lo que pueden y les crea un grado de insatisfacción permanente. Se convierten en auténticas máquinas de hacer exámenes porque les han dicho que ésa es la única manera de aprobar la dichosa selectividad, la piedra angular que soporta el sistema educativo: no se estudia para aprender; se estudia para aprobar un examen que le abrirá al alumno el acceso a una carrera. No aquella carrera para la que está más capacitado, sino la que le permitirá acceder a los puestos mejor remunerados y con más prestigio

social. ¿Qué persona con una media de 8 elegiría hacer filología? Contadas con los dedos de una mano.

Al niño, desde pequeño, se le dan piezas que no sabe dónde encajar ni para qué sirven. Es ese fragmentarismo de la educación el que hace que se pierda, que se desinterese, que se acople a la ley del mínimo esfuerzo. Tampoco se le enseña cultivar su "yo", a tener una vida interior rica, a desarrollar la creatividad, en definitiva, no se forma el carácter. (Y sin embargo, como dice Erich Fromm, "El carácter determina el pensamiento, la acción y la vida emocional de los individuos"). Ni se le enseña que ser humano consiste en compartir lo que sabemos entre todos. Pero sí, en cambio, ha aprendido la labor de seleccionar.

Los niños también seleccionan, tienen sus guetos particulares, sus pandillas, sus reglas (yo no voy con ésa porque no se viste de marcas o con aquel porque es un pijo) y repiten los esquemas de los adultos (la tolerancia es genial mientras cada uno esté donde social-

mente le corresponde: los emigrantes fregando o vendiendo "La farola", los gitanos en sus chabolas y los pobres pidiendo). Y muchos sólo piensan en agarrar su trozo del pastel.

La homogeneización

El fracaso de la ESO en el tema de la atención a la diversidad está llevando a una escuela cada vez más selectiva, más sectaria. Se habla incluso de formar grupos de alumnos verdaderamente homogéneos para facilitar la labor de los profesores. De volver a separar niños por un lado y niñas por otro a fin de que unos y otros progresen adecuadamente, sin interferencias de ningún tipo. Y luego vendría separar las clases por razón de sus capacidades: alumnos brillantes, alumnos medianos, alumnos torpes. Pero dentro de los brillantes nos encontraríamos con distintos coeficientes intelectuales, con distintos entornos familiares, con distinta problemática. Por eso esta utopía es falsa, siempre nos topáramos con la diversidad. Y además, diverso es el mundo y debe seguir siendo, las superrazas sólo conducen al nazismo más absoluto. ■

La capacidad de aprender supone hacerse muchas preguntas a las que se trata de dar respuesta; supone una búsqueda personal, no hallazgos que nos vienen dados por decreto; supone una capacidad crítica...